

TRIBUNA

El último hombre ante la nueva mujer

30.11.07 - ADELA GARZÓN

Es lamentable que deba producirse la asociación entre violencia de género y la aparición de sus protagonistas en un plató de televisión para que se dispare la alarma. Estamos ya tan acostumbrados que solamente la escenificación de algo negativo nos despierta del letargo, cuando lo cierto es que tal escenificación incluso con final feliz sería casi tan horrible y deplorable como lo sucedido. Y dudo mucho que estuviéramos recriminando dicha acción o criticando una vez más determinados programas, si esa funesta asociación no se hubiera dado. Y como suele ocurrir, a veces, los árboles no nos dejan ver el bosque.



Primero, no avanzamos mucho fijándonos en el árbol (varón que asesina, mujer víctima, o programa televisivo). Hablemos claro, estamos ante un bosque más complejo que sus protagonistas aislados; nos enfrentamos una vez más a la violencia familiar; la violencia en un grupo básico de relación. Lo dramático está arraigado en la forma en que hoy vivimos y sentimos las afectividades más básicas, más próximas.

Segundo, son los grupos básicos, de relaciones cara a cara, donde parece que predomina la estrategia agresiva frente a otras salidas al conflicto, ya sea entre la pareja, de los hijos hacia padres o entre hermanos. Luego es en el ámbito familiar donde debemos situar cualquier valoración o reflexión sobre este tipo de violencia personal.

Y dentro del drama familiar que le toca vivir a esta época, es verdad que suele ser la mujer la víctima y el varón el verdugo. Pero ambos están escenificando el drama del grupo básico, donde no olvidemos que hombre y mujer se ven obligados muchas veces a denunciar en las comisarías la violencia que sobre ellos ejercen sus hijos. Es el grupo familiar el que no maneja bien las emociones y los sentimientos ante la actual transformación que está sufriendo.

Tercero. Precisamente son las emociones y los sentimientos una de las pocas funciones que le queda a este grupo básico en el desarrollo de las actuales sociedades. Los grupos primarios están desapareciendo como protagonistas de la vida personal, ahora son simplemente el refugio emocional de unos y otros. Una desaparición que se corresponde con el proceso de creciente urbanización, escolarización y de una economía donde la familia como grupo ya no tiene apenas función. Hablamos de sociedad de servicios, que reclama la presencia de una nueva mujer en el mercado laboral, porque es ella la más preparada para desarrollar las nuevas habilidades que requiere una sociedad cuyo recurso por excelencia ya no es el campo, ni la fuerza física para utilizar máquinas, sino habilidades sociales para relacionarse con el otro en la educación, en el sistema de salud, en las agencias de ocio, en la administración.

En estos cambios, se ha hecho hincapié en la liberación de la mujer, en la formación y preparación para su nuevo papel, pero se nos pasó por alto que también era necesario preparar al grupo entero para su nuevo papel, que ya no es económico, ni político, ni siquiera educativo, sino simplemente emocional; un colchón para soportar los sinsabores que en la vida pública podemos encontrar. Y entramos aquí en las contradicciones que nos toca vivir y que urge que tomemos conciencia de ellas para evitar las violencias personales a las que estamos asistiendo.

Los cambios familiares están llevando al desarrollo de vidas afectivas dispares. Por un lado estamos más relacionados que nunca con los otros, aplaudimos el contacto interpersonal y nos abrimos a todo tipo de encuentros, que siendo amistosos contienen una buena carga afectiva. La racionalidad social nos encamina

fundamentalmente a existir mediante relaciones. Y esta multiplicidad de relaciones, con traria mente a lo que cabría esperar, no elimina por completo la afectividad del grupo básico. La nueva mujer añora pero no espera una relación amorosa para siempre. Y al último hombre le cuesta aceptar que su pareja diversifique sus sentimientos más allá del grupo básico. Del mismo modo que los hijos, que desean independizarse del grupo familiar, no están dispuestos a renunciar al amparo afectivo y económico cuando las cosas les van mal, y reivindican las obligaciones de sus padres y su derecho a pertenecer y volver a la casa paterna cuando y como quieran. Es la puerta giratoria. Entran, salen, vuelven a entrar... y así los sentimientos se marean.

La apertura del grupo básico, que siempre tuvo sus medidas y sistemas para regular los conflictos internos, lleva a que los asuntos privados se hagan públicos, confundiendo la socialización de un problema con someterlo a juicio ante millones de personas en una televisión, en una radio o en una revista del corazón. Socializar un problema, hablarlo con otras personas y en los ámbitos adecuados, no se puede confundir con hacerlo público, porque esta es la mejor forma de reforzar el conflicto, ampliarlo y provocar conductas que uno nunca desearía en privado.

No es una novedad la violencia entre personas, ni tampoco es nueva la polémica sobre el papel de los medios en alimentarla o no. Cientos de páginas se han escrito y nunca se llegó a ningún puerto. No es ese el drama al que asistimos. Estamos viviendo el cambio del grupo familiar que ahora, como otras instituciones, se enfrenta a un nuevo orden social para el que el grupo no parece estar preparado ni los papeles claramente delimitados. En esta transición sus miembros no logran redefinirse, surge la incertidumbre, el miedo y la vulnerabilidad emocional y, a veces, sus miembros ven una sola salida: la destrucción. Culpables todos, aunque eso sirva de poco, mejor será definir y dar otro contenido a los grupos básicos, reforzar a la nueva mujer y dar salida al último hombre, que al estar herido se vuelve peligroso. Todos deberíamos atender al bosque en lugar de fijarnos en los árboles.